ó Tlahuizmatlaxopili, *que era una red de oro puesta en la punta de una lanza que se habia atado fuertemente al cuerpo, y que se alzaba cerca de diez palmos sobre su cabeza para sobresalir y ser visto de todos. Los mexicanos jamas abandonaban el campo mientras no se perdia esta sagrada señal de reunion; conducta observada por los valientes Suizos, contándose de un alferez de esta nacion que en un conflicto de guerra, antes que rendir la bandera la hizo trizas y se mascó y tragó sus fragmentos. Muerto el general se dispersó aquel ejército. Lopez de Gomara hace un justo elogio del valor de Cortés en esta jornada, diciendo: "Nunca hombre peleó como él ni los suyos, pues este caudillo* con su persona los libró á todos." *Ni merece menor elogio la española* María de Estrada, *muger de un soldado castellano, pues armada con una lanza dió muestras de gran valor. Gomara difiere del P. Sahagun en cuanto al itinerario de Cortés, y no me parece despreciable, porque habló con este en Sevilla, y por sus relaciones formó su historia, como yo lo he hecho á falta de documentos oficiales, por las de muchos llamados* insurgentes *cuando escribí mi Cuadro histórico de la revolucion de* 1810.

CAPITULO XXVIII.

De el tiempo en que los españoles estuvieron en México en paz y amistad de los indios, y el tiempo en que estuvieron en su enemistad y odio.

Llegaron los españoles á esta Nueva-España el año de 1519, á veinte y dos dias del mes de *Julio*. Estuvieron en paz y gracia de los indios todo el mes de Agosto, Septiembre, Octubre, Noviembre, Diciembre y Enero, que es el primero mes del año de 1520. Tambien estuvieron pacíficos todo el mes de Febrero y Marzo. En el mes de Abril, en la fiesta que se llama *Toxcatl*, donde solian hacer fiesta á *Vitzilupuchtli*, y tambien en ella mataban un mancebo criado para aquello, á honra de *Tetzcatlipuca;* en esta fiesta hicieron los españoles la matanza en los indios, por cuya ocasion comenzó el ódio y la guerra entre los españoles y mexicanos. Vinieron los negocios de la guerra, que habiendo vuelto D. Hernando Cortés de la costa con victoria y aumento de gente, armas y caballos, y prosiguiéndose la guerra, vinieron los indios á encerrar al capitan D. Hernando Cortés con todos sus españoles en las casas reales donde estaban aposentados, de tal manera, que no tenian esperanza ninguna de su vida, sino que salieron de noche huyendo por entre sus enemigos, como arriba queda dicho, con el riesgo que se vió. Todo el tiempo que los españoles estuvieron en México fueron doscientos cincuenta dias, y los dias que fueron amigos fueron noventa y cinco; y despues que se publicaron por enemigos, estuvieron cuarenta dias. En este tiempo estuvieron cercados en las casas reales, y entonces *mataron* á Moctheuzoma (*) y al señor de *Texcuco:* de allí se siguió luego su huida, y el daño que en ella les aconteció, como está arriba dicho. Los que de allí escaparon, fueron huyendo hasta aquel Peñol que se llama *Aztaquemeca*, donde hubo aquella batalla, en que por milagro de Dios vencieron los españoles y huyeron todos los mexicanos; de aquí continuaron su camino los españoles hasta Tlaxcala, y en este mismo año comenzó la pestilencia de las viruelas, de la cual murieron innumerables.

NOTA DEL EDITOR.

Todos los historiadores están contestes en que Hernan Cortés llegó á Ulúa el 22 de Abril de 1519, *dia de la cena del Señor ó Juéves Santo, dia de S. Sotero, y así es yerro*

(*) *No puede esplicarse mas claro este concepto. El P. Sahagun le llama al gato gato, y al pícaro mal hombre. Con razon fueron sepultados sus escritos por Felipe II. para que nadie los viese.*

de pluma del P. Sahagun decir que fué el 22 *de Julio. Cuando sobre esto hubiera alguna duda, no podriamos resolverla por la relacion de Cortés á Cárlos V. en su primera Carta, pues solo poseemos la segunda, que copiando las que dió á luz el Sr. Lorenzana, acaba de reimprimirse en Nueva-York en* 1828, *sin las estampas de los tributos que se pagaban á Moctheuzoma, y seria necesario recurrir al tomo* 3 *de la* Coleccion de viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles, desde fines del siglo XVI, *obra del Sr. D. Martin Fernandez Navarrete, en que (se dice) haberse insertado las Cartas inéditas de Cortés.*

Equivocóse igualmente el P. Sahagun en el periodo de paz que hubo entre los españoles y mexicanos. La guerra se tiene por declarada entre las naciones desde que una es agresora de la otra sin causa, ejecutando actos de hostilidad, ya en los bienes de sus súbditos, ya en la persona de su monarca. Se ha visto que apenas se hospedaron los españoles en el palacio de México, cuando quitaron luego la libertad al emperador Moctheuzoma, haciéndolo morar con ellos mal de su grado; de consiguiente la guerra debe tenerse por declarada desde el dia 8 *de Noviembre de* 1519; *tal es mi opinion, y será la de todo hombre que reconozca en Moctheuzoma la persona de un monarca legítimamente constituido, y tanto mas, cuanto que su eleccion se hizo por un cuerpo ó colegio electoral con arreglo á la constitucion de su estado. Desengañémonos: lobos y corderos jamas pudieron estar juntos.* Ricos y ladrones no pueden vivir en paz.

CAPITULO XXIX.

De las fiestas que hicieron á sus dioses los mexicanos despues que vinieron de la guerra que con los españoles habian tenido cerca de Otumba.

Despues de recogido el campo, los españoles prosiguieron el camino hasta Tlaxcala: en todo él no tuvieron controversia ninguna con nadie, seguros llegaron hasta Tlaxcala, y los mexicanos volviéronse á su ciudad y á sus casas, con pensamiento que ya los españoles se habian despedido para irse á sus tierras (pues que habian perdido sus haciendas y sus amigos, y casi la mitad de todos los españoles, y que no osarian mas volver segun iban destrozados, y heridos, y fatigados) y ansí hicieron junta solemne para elegir señor, y determinar lo que convenia hacer, conforme á los negocios que se ofrecian. Lo primero fué que eligieron por su señor á un hermano menor de Moctheuzoma, que se llama *Cuztlavatzi* (*), y los senadores (cuatro que siempre estaban al lado del señor en todos los negocios) fueron aquí tambien elegidos. Despues destos, los sátrapas y sacerdotes hablaron al señor y su senado, diciendo con gran aparato de retórica (como ellos siempre lo solian hacer) que lo primero que convenia hacer, era hacer gracias, y ofrendas, y servicios á sus dioses por tan grandes beneficios como dellos habian recibido en todo el progreso de la guerra. El señor con sus senadores, se persuadieron luego que aquello era lo que convenia hacer, y ansí luego todos se dispusieron á hacer grandes fiestas á sus dioses, y á remendar, y limpiar todos sus templos, y á adornarlos ricamente con todos sus ornamentos, y á hacer sacrificios y ofrendas en sus presencias, y á loarlos con nuevos cantares. Entretanto que esto hicieron los mexicanos, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposando cerrando sus heridas, y llorando sus pérdidas y deshonras. Sobrevinieron las mugeres tlaxcaltecas, y todas puestas de luto

(*) *ó Cuztláoatzin, pues varia este nombre el autor.*

y llorando á donde estaban los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian con los españoles, y quedaban allá todos muertos: no es menos (cierto) sino que deste llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitan y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarlas por medio de sus intérpretes. En este medio los tlaxcaltecas se juntaron para ver que hacian, pues los españoles habian perdido la empresa que habian tomado, y la mayor parte de la gente tlaxcalteca que con ellos habian ido, habia sido muerta y despojada. Comenzaron á hablar en este negocio todos los principales y señores con profundo acuerdo: despues que todos hubieron hablado, los pareceres salieron discordes; unos decian que los matasen, pues que fácilmente lo podian hacer (segun ellos estaban tan caidos). Otros dijeron, que no era bien hacer tal crueldad y alevosía con gente tan necesitada, y con quien habian hecho tan solemne amistad; deste parecer fué un Xicotencatl que era la principal cabecera de Tlaxcala; pero otro muy principal, que era de la segunda cabecera, contradijo este parecer, y respondióle el Xicotencatl con palabras pesadas, poniendo en él las manos le echó de los estrados abajo: luego otros se levantaron, hicieron paz entre ellos, y concluyeron que los recibiesen y acariciasen como amigos y hermanos. En este tiempo la pestilencia de las viruelas se enseñoreó fuertemente de los mexicanos, donde murió el señor dellos. A la sazon desembarcó un capitan español, llamado Francisco Hernandez, y se fué luego á Tlaxcala con toda su gente y municion de artilleria, y cópia de caballos, de lo cual todos los españoles que estaban afligidos recibieron gran consolacion y esfuerzo, y todos se animaron, y juntaron, y determinaron de volver contra sus enemigos los mexicanos, y luego platicaron con los tlaxcaltecas lo que habian determinado, y que convenia en todo caso hacer unos bergantines, los cuales llevasen acuestas hasta ponerlos en Texcuco á lengua del agua en madera.

NOTA DEL EDITOR.

La victoria de Cortés sobre los mexicanos en Otumba no puso su ánimo en tranquildad, porque nuevas inquietudes acudieron á turbarlo. Habian dado los tlaxcaltecas pruebas de una amistad sincera, pero eran bárbaros, gente con quien no podia tenerse confianza; él venia derrotado, habia perdido el prestigio de inmortal (si acaso lo consideraron tal algunos de aquellos pueblos) y el hombre en el infortunio no cuenta con amigos; la amistad de los mexicanos era indispensable á los tlaxcaltecas, porque la sal, el algodon, y otros artículos indispensables de la vida, solo los mexicanos podian proporcionárselos; por tales motivos dudaba Cortés como seria recibido en aquella república, y la esperiencia justificó en parte sus temores. Por tanto, redobló su vigilancia desde entonces, y fué el primer soldado de su ejército, partiendo con todos las fatigas de la campaña. Pasó por la famosa fuente llamada Tlatcapan *donde refrescaron sus soldados harto fatigados, y que estaba en los lindes de México y Tlaxcala: pasó despues á Hueyotlipan donde fué bien recibido de los tlaxcaltecas, y descansó tres dias. En este pueblo fué recibido por los senadores y principales de la república con un grueso de tropas que venia á su socorro; presentóse á Maxiscatzin vestido de luto por la muerte de su hija Doña Elvira que pereció á la salida de México; esta política, y el haber regaládole el pendon ganado en Otumba, y algunas de las alhajas ó despojos á varios particulares, sin duda afirmaron su afecto. A su llegada á Tlaxcala se representó una escena no menos dolorosa que interesante por las mugeres de los soldados de aquella nacion que perecieron en México, y con muchas lágrimas le pidieron vengase sus vidas; así lo prometió hacer en sazon oportuna. En estos dias se dejaron ver en Tlax-*

cala ciertos embajadores de México con varios regalos de parte del nuevo rey Cuitlahuatzin, que venian á reconciliarse con la república, y con la pretension de apartarla de la amistad con los españoles, ecshortando á su gobierno á que acabase con aquel resto miserable de hombres para consolidar la paz y seguridad de todo este continente. La pretension era justísima, y estaban en favor de ella los intereses de ambos estados; el punto se discutió con bastante reflecsion; discordaron los votos; pero Maxiscatzin, que era el príncipe del senado, y tenia el mayor ascendiente sobre aquella corporacion, logró que se respondiese al fin por la negativa, habiéndose suscitado una especie de tumulto ó conmocion en el pueblo, que obligó á salirse secretamente á los enviados para salvar su vida. El jóven Xicotencatl apoyó la pretension de los mexicanos, y del calor de la disputa resultó, que Maxiscatzin osase ponerle las manos y arrojarlo por las gradas del tribunal abajo. Sus compañeros pusieron paz entre ambos, el negocio se trató en secreto, pero no tanto que lo ignorase Cortés y diese gracias á Maxiscatzin; algunos dicen que el senado mandó prender á Xicotencatl, y que Cortés interpuso sus respetos para que se le diese libertad, como lo consiguió. Esta medida fué meramente política, pues Cortés siempre fué su enemigo, y despues marchando de Tlaxcala para poner el sitio de México, por cierta querella de poca monta, ó pretesto miserable, lo hizo ahorcar. ¡Qué presto arroja la hipocresía su máscara! Tlaxcala selló con sus propias manos su esclavitud, desconoció sus intereses, cambiólos por una vergonzosa venganza: sus hijos, ó dígase mejor, los tristes restos que han quedado de aquella generacion, al ver su corto número, su dispersion, las tristes ruinas de aquella hermosa ciudad reducida hoy á nulidad, y sobre todo, el ódio con que son notados de los demas pueblos de este continente, deben maldecir la memoria de sus mayores. ¡Plega al cielo que jamás pierdan de vista este triste ejemplo los que hoy destrozan

las entrañas de nuestra patria, dividiéndola en facciones y partidos!

Durante la estancia de Cortés en Tlaxcala, murieron ocho españoles de resultas de las heridas en campaña, y tambien murió Maxiscatzin de viruelas, pero hecho cristiano por el bautismo que le confirió el P. Juan Diaz, capellan del ejército español: Cortés fué su padrino, y se le puso el nombre de Lorenzo; bautizáronse igualmente el viejo Xicotencatl, y se llamó Vicente; *Tlehuejolotzin, tomó el nombre de* Gonzalo, *y Cytlalpopoca el de* Bartolomé; *fueron asimismo bautizados otros tlaxcaltecas; pero reincidieron en la idolatría por no estar íntimamente convencidos de la verdad del cristianismo; esta operacion necesita gracia del Espíritu Santo, tiempo, paz, y buena doctrina acompañada del ejemplo; circunstancias todas que en aquella época turbulenta no era fácil reunir. Gomara dice, que al tiempo de partirse Cortés para México, habia dejado en Tlaxcala veinte mil pesos en oro, mantas y cosas de pluma que no podia llevar consigo. Cortés á su regreso de la espedicion contra Narvaez, mandó que se le remitiese todo con cincuenta españoles y cinco caballos de custodia; Maxiscatzin mandó con este convoy á un hijo suyo, pero todo fué tomado por una partida de mexicanos, y ademas muertos los conductores. Súpose este acontecimiento desgraciado para Cortés, porque segun dice Herrera, se halló escrita esta razon en la corteza de un árbol....* Por aquí pasó el desdichado Juan Yuste con sus desdichados compañeros, con tanta hambre, que por pocas tortillas de maiz, dió una barra de oro que pesaba ochocientos ducados. *A pesar de todo esto, Cortés no perdia de vista la conquista de México, y todas sus medidas en Tlaxcala se encaminaban á este fin, lo cual entendido por sus soldados, murmuraron altamente, y pasaron su demasia al estremo de notificarle por medio de un escribano, que por entonces nada hiciese, sino que regresase á Veracruz. Mucho sintió Cortés esta mala disposicion de sus soldados, y como*

la primera vez, les dirigió un razonamiento con que logró calmarlos, y continuó dictando otras providencias oportunas para la empresa, como despues veremos.

CAPITULO XXX.

De la pestilencia de las viruelas y sarampion que vino sobre los indios de esta Nueva-España, despues que los españoles salieron huyendo de México, y de como se comenzó la guerra contra los mexicanos el año de 1520.

Despues de los trabajos ya dichos que acontecieron á los españoles en el año de 1519 entrante el año 1520, comenzó la pestilencia de las viruelas, y sarampion, y vegigas, tan fuertemente, que murió grandísima cantidad de gente en toda esta Nueva-España. Esta pestilencia comenzó en la provincia de Chalco, y duró sesenta dias. Desta pestilencia fueron muertos entre los mexicanos el señor que poco antes habian elegido, que se llama *Cuztlaoatzin*, y murieron muchos principales, y muchos soldados viejos y valientes hombres, en quienes ellos tenian muro para en el hecho de la guerra. Durante esta enfermedad, los españoles estaban ya en Tlaxcala reposados y curados; y habiendo tomado álas y ánimo por razon del socorro que les habia llegado, y de la matanza de gente que hacia la pestilencia, teniendo por cierto que los favorecia Dios, y estando ya confederados con los tlaxcaltecas, y entendiendo en dar órden á todo lo necesario para volver contra los mexicanos, comenzaron á labrar los bergantines de que tenian necesidad para darles guerra por el agua. Cortaron toda la madera que era menester, (que la habia muy buena en aquellos montes) y los maestros que para esto habia entre ellos, dieron traza como se labrasen todas las piezas que eran necesarias para hacer un buen bergantin; y de allí tomaron los indios la traza de la madera que se habia de labrar para diez ó doce

bergantines, y comenzaron todos á entender en este negocio, hasta acabar de tener labradas todas las piezas que eran menester para todos los bergantines, y no los armaron, sino tomaron toda la madera á cuestas, y ansí los españoles como los indios, hechos un ejército (cosa muy de ver en la cantidad y en los aparejos que llevaban) comenzaron á marchar hasta la ciudad de Texcoco, y pusieron la madera que llevaban á la lengua del agua, y comenzaron á clavar las piezas, las unas con las otras; lo cual hecho, las brearon con su brea segun que se suelen brear los navíos, y otros hacian los otros menesteres necesarios, y metieron en los bergantines la artilleria y armas que suelen usar en las guerras navales. Entre que estas cosas se hacian en los bergantines, el capitan procuró de hacer concierto y amistad con el señor de Texcuco (el cual se llamaba *Tecocoltzi*) para ayudarse dél en la guerra, y no solamente en Texcuco hizo alianza, pero tambien con los de Chalco, y con los chinampanecas y tecpanecas, tomando por medianeros á los texcucanos; y como hubieron aparejado todas las cosas necesarias para acometer la guerra, hicieron capitanes á los que convenia para pelear por el agua, y á los que convenia pelear por tierra. El capitan D. Hernando Cortés tomó la parte donde habia mas peligro y mas afrenta, que fué ponerse en Cuyoacan, y desde allí comenzar á conquistar los mexicanos por tierra, y á Pedro de Alvarado púsole por la parte del Tlaltelulco, para que por allí comenzase á conquistar á los tlaltilulcanos, y ansí comenzaron por el agua y por la tierra á pelear.

NOTA DEL EDITOR.

En los fastos de los hombres emprendedores y aventureros, Cortés debe ocupar un lugar muy distinguido; fuélo hasta cierto periodo, en que la fortuna voluble le volteó la espalda, como adelante observarémos. La fama de sus hechos y de la riqueza adquirida, voló por todas las islas descubiertas